



*LA DEMOCRACIA,  
CATEGORIA ANALITICA  
HETERODOXA*

Llegar o por lo menos acercarse a un concepto contemporáneo de democracia que surja “de la crítica de una experiencia histórica y no únicamente de una conciencia intelectual sin compromiso” es el propósito de los once ensayos que conforman el libro en que Abelardo Villegas, desde un enfoque político-filosófico, analiza las modalidades que este sistema de gobierno ha asumido en el curso de los últimos ciento cincuenta años en América Latina.

De la idea bolivariana de democracia que reivindica el gobierno de una élite ilustrada sobre una masa analfabeta e incapaz de ejercer la soberanía popular, a la ponderación de lo que el socialismo ha implicado en el avance o retroceso democrático, el autor plantea algunas interrogantes en torno al cambio revolucionario en los países de este continente, el nacionalismo mexicano como doctrina ideológica y la efectiva existencia de una dialéctica entre democracia y dictadura.

Sin una tradición democrática, el ejercicio del poder en Latinoamérica ha estado fincado, en general, en el usufructo de la soberanía popular. Si para los independentistas y partidarios de la preceptiva bolivariana pueblos como los nuestros —“ausentes de la cosa pública, aislados física y culturalmente e incluso no incorporados a la civilización occidental”— resultan incompetentes para asumir esa soberanía, para los revolucionarios del siglo XX, incluidos los “extremistas”, esta ineptitud parece continuar vigente.

Más interesados en realizar una crítica a la democracia formal burguesa que, refiere el autor, ni siquiera ha desplegado todas sus posibilidades en esta parte del mundo, los marxistas latinoamericanos constituyen en ocasiones una



élite incapaz de ocultar su desconfianza hacia el conjunto de las clases trabajadoras. Las teorías de la “vanguardia” y del foquismo, desde tal óptica, consideran improbable que el proletariado llegue, por sí mismo, más allá de la antesala revolucionaria. Se precisa entonces, aseguran, de un grupo de avanzada, un partido o un núcleo de guerrilleros que dirija y trace las directrices a seguir.

Luego de retomar la revolución cubana, a la que la mayoría de los teóricos, el Che Guevara entre ellos, explica como un movimiento generado sustancialmente en la guerrilla serrana; esto es, teniendo como base un paradigma foquista que soslaya la importancia del pueblo como sujeto transformador, Villegas advierte la incurable desconfianza que, incluso los líderes de la pugna contra Batista, no dejaron de sentir hacia “un pueblo que ni siquiera puede dirigir sus propias revoluciones”, y al que más tarde la Constitución conculcaría la facultad de elegir directamente al poder Ejecutivo. Así las cosas, ¿a qué plano se relega la soberanía popular?

Carencia constante en casi todas las naciones latinoamericanas, la soberanía popular ha sido aquí, durante mucho tiempo, una mera entelequia, una posibilidad socavada o eternamente pospuesta ante los argumentos, por ejemplo, de un sector ilustrado que ve en la falta de educación política de la sociedad el mayor estorbo a la libertad popular, pero también de unos socialistas que creen que el pueblo no puede “autogobernarse” por no tener conciencia revolucionaria.

Tras cuestionar las bondades de la democracia representativa, cuyo único mérito pareciera ser su posibilidad de perfección, Villegas analiza el arribo al poder de Salvador Allende. ¿Pueden la democracia y su estructura jurídica servir como vía para el cambio revolucionario? El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular ofrece la más contundente negativa a este respecto.



El caso chileno ratifica, dice el autor, lo que ya los partidarios del socialismo marxista sabían de antemano: que la democracia representativa, antes que revolucionario, constituye un método reformista o conservador. Hasta ahora, por lo menos en América Latina, la experiencia histórica rechaza que el cambio de estructuras pueda gestarse desde arriba, a través del libre y limpio juego del sufragio universal.

Entre 1970 y 1973 el gobierno de la Unidad Popular intentó encaminar a la sociedad chilena hacia el socialismo, sin que esto significara anular la democracia precedente; esto es, sin instituirse como régimen marxista al que caracterizan, entre otros factores: el dominio de un solo partido, el comunista, la existencia de una dictadura antiburguesa, de un ejército popular altamente politizado, y de una sola línea ideológica informativa.

Además de la intervención estadounidense en el golpe de Estado contra Allende, es claro que la correlación de fuerzas internas jugó un papel determinante en la instauración del régimen castrense y que la democracia hasta entonces ganada quedó destruida ante las contradicciones de la propia burguesía.

Si inicialmente la burguesía se presenta como una clase revolucionaria que termina con el absolutismo mediante la aplicación de la democracia, más tarde habrá de volverse conservadora para, desde tal posición, desconocer y objetar su propio método de lucha cada vez que considera amenazados sus más esenciales intereses. En conclusión, dice Villegas: es la propia burguesía la que anula su típico sistema político.

### **Por los linderos del fascismo**

El de la revolución mexicana —como el radical yrigoyenista o el peronista— es un partido que en América Latina se ins-



cribe en lo que Villegas llama sistema de partido dominante o único y que al evitar la transformación de las estructuras económicas y preservar la propiedad privada del capital angosta la democracia representativa tradicional para “bordear peligrosamente los linderos del fascismo”.

Fuerte desde principios de siglo, con Porfirio Díaz, el Estado mexicano, antes que sustentarse en el contrato social, esto es, en el consenso de las voluntades individuales, observa una conducta absolutista, más apegada a la concepción hegeliana que habla de un Estado hipostatizado, aunque legalmente se le disfraza de contractual. Se da entonces la siguiente contradicción: rusioniano en teoría, el Estado mexicano presenta, de facto, un distanciamiento del acuerdo general, obligándose así a recurrir a instancias legitimadoras como las elecciones, el régimen jurídico y el presidencialismo.

Pero cuando esto falla, cuando los comicios nacionales o locales son a todas luces fraudulentos, cuando no hay efectiva comunicación entre la sociedad civil y el Estado, el sistema hegeliano-rusioniano comienza a tambalearse y a evidenciar que en política, en este país, la verdad no ha sido sino “una larga obra de mentiras mexicanas”. A partir de la época colonial, los gobiernos han montado esa fábrica de falsos entendidos para, por ejemplo, otorgar al porfirismo un carácter de tiranía ilustrada europea y disfrazar a la revolución de régimen democrático.

Desde esta perspectiva, la ideología oficial presenta y exalta una corte de héroes patrios a quienes atribuye la creación de la unidad nacional aunque ésta, en el fondo, no sea sino la antípoda de la cohesión y producto, en cambio, de una serie ininterrumpida de enfrentamientos: “los de Zapata contra Madero, los de Villa y Zapata contra Carranza, los de Carranza contra Obregón, los de Calles contra el obregonismo, los de Cárdenas contra Calles. . .”

Empecinada en validar lo inexistente, en omitir las dis-



crepancias y fisuras suscitadas en el interior de nuestro sistema político, la historiografía dominante hace aparecer a la democracia como destino manifiesto; olvida puntualizar que ésta, precisamente, además de carencia histórica, constituye uno de los reclamos mayores de la sociedad mexicana actual.

Tomada en el más cabal de sus sentidos, la democracia es el gobierno del pueblo y para el pueblo. Como categoría analítica, no obstante, tal connotación pareciera ser bastante flexible y dar lugar a una heterodoxia desde la cual todo calificativo estaría más o menos justificado. Si Villegas resalta las bondades de una democracia representativa, otros autores hacen lo mismo con la liberal, la popular, la socialista o la burguesa, como si en lugar de un término unívoco, la democracia fuese más una invención colectiva susceptible de adjetivar según el contexto en el que se da, se regatea o se anula.

Abelardo Villegas,  
*Democracia y dictadura. El destino de una idea bolivariana,*  
México, UNAM-UAZ.  
Textos de Ciencias Sociales, 1987, 137 pp.

Laura Guillén